

MILITARES Y MENTALIDADES MILITARES EN UNA ETAPA DE LA TRANSICION ESPAÑOLA

JESUS IGNACIO MARTINEZ PARICIO

Facultad de CC. PP. y Sociología
Instituto de Estudios Sociales Avanzados

UNA FRASE ENIGMATICA EN EL ARRANQUE DE LA TRANSICION

Con el asesinato del almirante Carrero Blanco se cerraba otro ciclo de la vida política española. Quizá habría que decir, con más precisión, que no se abría el que se había previsto por parte de algunos. Como en todo acontecimiento de semejante trascendencia son todavía muchas, y puede que casi todas, las preguntas por contestar al respecto. Los momentos de quiebra están rodeados de circunstancias excepcionales que refuerzan su carácter particular. Incluso se producen señales enigmáticas que refuerzan lo excepcional de los acontecimientos que toca vivir.

A partir de ese momento se descubrió de pronto que el régimen no tenía prevista su continuidad en situaciones excepcionales, que se llegaba al final de una etapa política y se iniciaba la transición.

En aquéllos momentos se preguntaba cada vez con más insistencia lo que estaba por venir después de Franco. Es significativo que uno de los capítulos de los apuntes del general Vernon Walters lo subtitule tan importante y central personaje con esta angustiosa pregunta: "Con el general Franco. Para hablar de lo que ocurrirá después de su muerte". El resumen al que llegó después de la conversación llegaría

a convertirse en tónica contraseña a partir de entonces: **Todo quedaría atado y bien atado**. Esa fue la contestación que Franco dio a tan influyente visitante norteamericano: "Dígale al presidente Nixon que en cuanto al orden y la estabilidad de España serán garantizados por las medidas oportunas que tomaré".

Desde posturas más intransigentes se contestaba, más con el deseo que con las secretas previsiones, que: Después de Franco, las instituciones. Dando por sentado que **la institución** por antonomasia no era otra que las fuerzas armadas.

El propio Carrero había dicho ante un auditorio militar: "Que nadie, ni desde fuera ni desde dentro, abrigue la más mínima esperanza de poder alterar en ningún aspecto el sistema institucional, porque, aunque el pueblo español no lo toleraría nunca, quedan en último extremo las fuerzas armadas".

Cuando desapareció Carrero los planes quedaron desbaratados en parte. Los enigmas seguían y aún aumentaban sin cuento. Franco, en su tradicional mensaje de fin de año, especialmente dramático el de aquél año, dijo aquello de: "Es virtud del hombre político la de convertir los males en bienes. No en vano reza el adagio popular 'que no hay mal que por bien no venga'. De aquí la necesidad de defender nuestras estructuras políticas y recoger los anhelos de tantos españoles beneméritos que constituyen la solera de nuestro movimiento".

Para la mayoría, las cosas ya no iban a ser iguales aunque no pocos de los que tenían que haber previsto el cambio que se avecinaba siguieron manejando las mismas hipótesis de continuidad. Ese desenfoque de la realidad ha costado no pocos sobresaltos y algún que otro quebranto.

Desde el punto de vista militar salieron a la luz las diferentes corrientes de opinión con las que se encaraba el futuro así como las dos actitudes básicas que se manifestaron ante los graves acontecimientos que se vivieron en esos momentos. Los ministros militares tuvieron en sus manos la posibilidad de tomar **alguna medida especial** en la reunión excepcional del Consejo de Ministros que tuvo lugar la mañana del magnicidio. Según las referencias, no desmentidas, el Presidente en funciones les garantizó que "el las respaldaría, responsabilizándose". Lo significativo es que no sólo no se tomó ninguna medida de excepción, legalmente se pudo hacer, sino que a lo largo del día se obligó a dar contraorden a un polémico telegrama.

En otro lugar (*) he descrito esas dos actitudes como la de **militares del corazón** y **militares**

del cerebro. La primera corresponde a los que tienen la respuesta adecuada para cualquier situación, está codificada de antemano, es **su respuesta**. En todos los casos son respuestas espontáneas, emocionales, y siempre dispuestos a hacer valer una idea: la suya, por encima de cualquier situación. Los sentimientos antes que el cálculo y la negociación. Sin embargo fueron razones instrumentales, de no haberlo sido así los resultados habrían sido otros muy distintos, que dependieron del momento y, sobre todo, de la posición desde la que hicieron frente a los problemas. No es raro el militar que, en aquéllos momentos, debe ser clasificado en este grupo y, al ser distinto el cargo que ocupaban, manifestaron comportamientos opuestos.

No obstante, todos aceptaron los principios de disciplina, lealtad y jerarquía y a su mantenimiento dedicaron sus energías pues se consideraron objetivo primordial en aquellos días de duda e indecisión. Unos y otros se declararon militares por encima de cualquier otra circunstancia. Fueron conscientes que sus opiniones tenían gran trascendencia política, excusándose a continuación mediante la justificación que con ellas no buscaban protagonismo alguno, aunque actuaron y se sabían protagonistas centrales en la situación. Por razón de los altos cargos que desempeñaban la mayoría estaban obligados a plantear el futuro y en sus esquemas de interpretación el ejército ocupaba una posición central. Fueron conscientes del papel de tutela que estaban llamados a desempeñar. Cada cual aportó matices a esa participación, en cualquier caso siempre desde posiciones de privilegio. Era lógico que desde fuera de la corporación se mirase lo militar con recelo en un primer momento, lo que ya no era tanto que se mantuviera por tanto tiempo. Ni siquiera las opciones más conservadoras contaron con un apoyo explícito. El ejército y los militares eran de manera interesada los grandes desconocidos de la sociedad. Todos sabían que mantener esa situación era peligroso, pero no se encontró, entre civiles ni militares, la manera de solucionarlo.

La seguridad y firmeza de los argumentos de los **militares del corazón** era aparente y sus argumentos tenían tonos de pesimismo desesperanzado. Los conflictos estaban promovidos por intereses ajenos que respondían a una interesada defensa a ultranza para mantener un modelo de reparto de influencias y poder que se barruntaba iba a desaparecer sin remisión alguna. El **buen pueblo** se dejaba seducir no tanto por la verdad de los argumentos como por la falta de **líderes propios** que fueran

capaces de aportar ideas y crear ilusiones para un futuro que se avecinaba y se consideraba como probable, pero nada deseable. Se reconocían, no de manera explícita, como perdedores en una lucha sutil de ideas para la que no estaban preparados, en su momento no consideraron que nada fuera a ser distinto de lo que había sido.

Los **militares del cerebro** fueron presentados, y ellos lo aceptaron, como militares de ruptura para con sus compañeros. Se recalcó desde fuera que no eran militares típicos. Por lo pronto apenas existía el pasado, todo lo centraban en el presente y en el futuro inmediato. El pasado estaba en ellos, pero no hacían alarde de él. Vivían su realidad profesional, que en todos los casos era brillante y plena de éxitos, sin saberla comunicar. Uno dijo por entonces que: "El Ejército guarda una actitud silenciosa..., es una actitud de pudor, no de orgullo..., será virtud o defecto..., puede que sea conveniente o no..., pero el Ejército es así". No opinaban. Por político que fuera el cargo que ocupaban se resistían a manifestar la más pequeña idea sobre la situación del momento o la que podía esperarse. No encontraron forma de solucionar tal contradicción: Se limitaban a obedecer y callar, así era mejor para todos.

Sin embargo, para evitar la manipulación partidista de los militares repetían con insistencia la necesidad de **estar al día**, de buscar información por ellos mismos para poder entender por donde marchaba la sociedad y, así, tener opinión propia sobre el mayor número de asuntos. Una idea central en todos ellos fue que el militar tenía una única misión: la defensa militar de la sociedad. En ningún momento se sintieron impulsados a reclamar la defensa del orden institucional, tal como se señalaba en el cuarto apartado del artículo 37 de la Ley Orgánica del Estado. Los comentarios no iban más allá de un inconcreto compromiso de que cumplirían con lo que les exigían las leyes.

No es cuestión de seguir señalando otros rasgos y otras opiniones de aquéllos militares, los unos y los otros, a los que habrá que reconocerles mucho más que lo que se hace desde unos estereotipos que se siguen manejando con sobrada ligereza y que como se ha llegado a decir por persona principal, ha supuesto la elaboración de leyes con las que eliminar su influencia considerada como negativa. Aunque después de dicho lo cual, se reconoció la equivocación del punto de partida pero sin que por ello se anunciara la corrección del error manifestado.

MENTALIDADES MILITARES DURANTE LOS PRIMEROS PASOS EN LA TRANSICIÓN

El período que va de 1973 a 1983 es uno de los más interesantes para los que quieran analizar los cambios de mentalidad de unos profesionales que veían cambiar la corporación a la que pertenecían y, todo ello, en un proceso de tránsito político y social. No es extraño que se hicieran análisis sutiles sobre la obligación de "defender el orden institucional". Los altos cargos militares comenzaron a avisar que había que prepararse para el cambio. Junto a estas prevenciones se dejó muy claro que las fuerzas armadas serían el último soporte para asegurar la tranquilidad y el orden y, en segundo lugar, que su 'misión' iba mucho más allá de las opciones concretas y que actuarían de manera disciplinada acatando las órdenes que recibieran del poder legal.

Otros avisos que se lanzaron recordaban que el "momento de España siempre sería el mismo por mucho que cambiaran las circunstancias" por las que se atravesara. No faltó el argumento que las fuerzas armadas no patrocinarian ninguna opción política concreta por mucho que con alguna, por identificación de objetivos, pudiera existir cierta simpatía. A la vista de las reacciones todos quedaron tranquilos. Unos, los incondicionales al desaliento, confiaban que los militares no se volverían contra ellos, pero no las tenían todas consigo y más al ver como sus militares estaban siendo desplazados de los centros de decisión. Por parte de los grupos de oposición, que lo eran casi todos, no se terminaron de creer tales cambios de actitud, no veían quién podían estar inspirando las nuevas directrices, se dudaba que los principios de lealtad y disciplina estuvieran tan arraigados como para controlar toda la corporación militar. Los errores de percepción se mantenían y aún aumentaban. Es parte del **debe** de la transición.

Los motivos de preocupación y desconfianza tenían su razón de ser. Una cosa era el pensamiento militar oficial y otro distinto el que salía a relucir en la prensa. Los ánimos estaban exaltados. La revolución portuguesa estaba demasiado próxima; la situación en el Sahara hacía prever un nuevo repliegue en las mismas condiciones de derrota que todos los anteriores; salía a la luz la existencia de una organización militar clandestina y con cierta pretensión de que fuera de izquierdas; el terrorismo tenía como objetivo principal a los miembros de las fuerzas de orden y a los propios militares; personalidades

consideradas como poco proclives para aventuras políticas apostaban por la ruptura, el Príncipe, como sucesor, quedaba cada vez más en una situación próxima al aislamiento y de total desconfianza para poder controlar el proceso de cambio que se veía cada vez más próximo.

Fueron momentos donde cada opción política buscó un militar que pudiera ser líder entre sus compañeros de armas. Incluso se llegó a proponer que debería ser un militar quien protagonizara el tránsito. Se dudó de la capacidad de la mayor parte de los políticos de turno y de los que estaban esperando su momento. Lo cierto es que fueron muchos los movimientos para asegurarse una cómoda posición en la línea de salida, pero faltó quien dijera, con autoridad, hacia dónde había que ir y qué costes habría que pagar para gozar de los beneficios. Otro capítulo en el **debe**.

En la investigación citada anteriormente propuse la existencia de cinco tipos de militares, cinco tipos de mentalidades: Legalistas a ultranza, posibilistas y optimistas conservadores, como grupos principales, y otros dos, más reducidos en número pero de significativa relevancia en los años inmediatos, los de la ruptura y los del silencio.

Los primeros, los más duros, los militares azules, dedicaron sus energías a exigir y reclamar el cumplimiento de las leyes en su sentido estricto, en lo que decía su letra. Lo de "atado y bien atado" iba en esa dirección. Todo estaba previsto, según ellos, para que nada cambiara. En el fondo eran las interpretaciones que se hacían ellos mismos sin atender ninguna otra explicación. Aunque destacaron en sus biografías haber estado a las órdenes directas de Franco, que se formaron como militares en su época de director, su figura quedó desvanecida en los alegatos para no cambiar el rumbo. Podría ser válido en ellos lo de que fueron más franquistas que el propio Franco. Su postura era la de mantener una situación de intransigencia. En las declaraciones y artículos de estos militares se percibe con mayor nitidez que las cosas iban a ser diferentes de manera irremediable y no lo podían aceptar. Frente a lo que estaba por venir pidieron reforzar la unión entre pueblo, su pueblo, y ejército, su ejército. Habría que cerrar filas para hacer frente tanto a los ataques del exterior como para defenderse de los oportunistas de turno.

Surgió la idea de la defensa de la comunidad como una exigencia más de la defensa militar. El militar sería derrotado en el frente de batalla si en la retaguardia no contaba con todo el apoyo necesario. Se descubrió en la enseñanza

y en los medios de comunicación una "quinta columna" que suponía el mayor y más peligroso enemigo de la sociedad. En el fondo se sabían perdedores en ese nuevo tipo de batalla. Utilizaron argumentos de gran escándalo y que rozaban la legalidad, pero en el fondo su contundencia demostraba la incapacidad por controlar la situación de acuerdo a las normas establecidas. No hubo en esos momentos ningún tipo de llamada a agruparse, pero sí se empezó a razonar que "España sobreviviría, y ningún español bien nacido renunciará a la tarea de volver a defenderla".

Estaban de acuerdo en aceptar modificaciones en todo lo que debiera y pudiera ser mejorado. Su "patriotismo" y disciplina les llevaría a aceptar los cambios como un sacrificio más, incluso en los elementos y símbolos básicos para ellos —la verdad es que en tales argumentos nunca apareció lista alguna de los que tenían tal significado—. Por el contrario nunca aceptarían aquellas transformaciones que supusieran modificar el modelo de sociedad ni el de régimen político.

Los **posibilistas** frecuentaban las posiciones de alta administración de las fuerzas armadas. Eran los militares "políticos" que participaron disciplinadamente, convencidos o no, en las decisiones que condujeron a la reforma política. Algunos, al verse liberados de su compromiso, dieron muestras de actitudes críticas cuando no contrarias a lo que estaba ocurriendo. Es una faceta más de la mentalidad militar que exige estudios monográficos más profundos.

Fueron todas las posibilidades de evolución a la capacidad de las leyes para encauzarla. No hay en sus opiniones ningún tipo de prejuicio de cara al futuro. La defensa del orden institucional significaba aceptar los cambios que se pudieran producir desde la legalidad. Las fuerzas armadas y los militares eran los últimos soportes de tales cambios. Quien pensara en contrario se les exigía que abandonaran el uniforme y pasaran a participar en otro tipo de lucha, la de la política que, era la primera vez, se consideraba como actividad igualmente digna.

Recalaron una y otra vez, siempre que tenían ocasión, que entre los militares "no había fisuras"; que debía evitarse por encima de todo el enfrentamiento entre compañeros. De esa forma las fuerzas armadas seguirían siendo "cimiento, soporte y garantía del Estado, de su supervivencia y de su vida". Aceptaban una natural identificación de todos aquellos con los que se había participado en una intensa vida en común, una igual formación y unos destinos compartidos,

pero bajo ningún concepto podrían aceptar que se establecieran discriminaciones por razón de sus ideas o sus comportamientos.

El militar, se le recordaba, debía evitar caer en un materialismo que fácilmente le podría conducir a provocar la disensión y el malestar reivindicativo. Al político se le exigía tuviera en cuenta esta circunstancia. Se sacrificarían una vez más en beneficio de todos, siempre que el gobierno "cuide esta parcela de la política militar para evitar que los espíritus flojos puedan sucumbir". El esfuerzo por mejorar profesionalmente era el lugar adecuado donde dedicar las energías que distrajeran las llamadas de provocación que se les hacía desde fuera de la corporación.

Los que he denominado como **optimistas conservadores** apostaron por el futuro. El pasado no se puede borrar ni olvidar, de él se procede y en él surgieron las señas de identidad. Fijado este principio, casi como su obsesión, su otra preocupación era mejorar la profesión. Las preguntas sobre los acontecimientos políticos las contestaban de mala gana, su "pudor ante estos aspectos de la vida" les impedía pronunciarse facilitando así que se fuera formando la idea de que todos los militares en el fondo, eran de la misma opinión. Su voz en esos temas quedó silenciada por voces estentóreas. No querían responder para evitar así que la imagen militar se deteriorara al presentarse ante la opinión dividida y enfrentada en materias que no eran de su competencia y que, en cualquier caso, se debía a circunstancias de coyuntura. Su labor la veían hacia dentro de la corporación, tomando decisiones para que en el futuro no hubiera ocasión de repetir tan anómala situación. El mensaje que transmitían con ánimo de tranquilizar y de justificarse a sí mismos era contundente: "Veo —decía uno de los militares más significativos de este tipo de mentalidad— más aparentemente confuso el momento político que lo que está realmente".

Reclamaban como imprescindible la separación entre las funciones gestoras y administrativas de la defensa, competencia exclusiva de los políticos, de las operativas. Así, el militar quedaría relegado de tomar, o secundar, decisiones que no deben ser de su competencia y para las que no están preparados y que son, en última instancia, las que introducen los recelos y suspicacias de cooptación por las Armas y Cuerpos.

Un cambio semántico que incorporaron al habla militar, toda una señal que las cosas estaban cambiando, fue que sin renunciar a la utilización del concepto **patria**, los de **país**

y **nación** no les eran ajenos. No pretendían ser beligerantes con las palabras, lo importante era el contenido en tanto que servían de unión entre todos. Con el mismo argumento se aceptaba la monarquía como forma del Estado. Por encima de todo la nación, la patria.

Los otros dos tipos de militares condicionaron no sólo la vida de la corporación sino de la sociedad toda. Unos apostaron de manera decidida por la ruptura, mientras que los otros tuvieron en sus manos recursos suficientes para anticiparse a las decisiones que habría que tomar conociendo las fuerzas que se estaban gestando en la nueva situación social y política.

En el primer caso partían del supuesto que el sistema político no podía evolucionar o que su ritmo previsible se consideraba inaceptable. Ante tal situación no veían otra alternativa que la de **romper** con la situación política identificándose con aquellos grupos que luchaban por **recuperar la libertad para el pueblo**. "Con el corazón en la mano, queridos compañeros, nosotros os decimos que en conciencia creemos que tenemos el difícil, peligroso y quizá incluso suicida, pero **insoslayable deber de intervenir**, como tantas veces hicieron nuestros mayores en el siglo XIX... donde los oficiales han **recobrado su dignidad y dado sentido a sus vidas devolviendo la libertad a la Patria o muriendo al servicio de ella**."

No pretendían, según sus escritos y declaraciones, formar ningún gobierno militar sino alcanzar unos objetivos sociales, en sentido amplio, y profesionales que aproximara España a los modelos de sociedad de la Europa moderna y desarrollada, aunque en algunos papeles se mostraba cierta admiración por las "conquistas" de los socialismos que habían sido capaces de "hacer comprender que el capitalismo debe acabar porque es éticamente intolerable y socialmente injusto ya que se basa en la apropiación del valor del trabajo ajeno y de la explotación de un hombre por otro", según se recoge en el anexo del Manifiesto de la Unión Militar Democrática.

La marcha de los acontecimientos les llevó a considerarse árbitros de una situación deseada por buena parte de la sociedad. "La democratización de España no será viable, sin aceptación de la misma por parte de las Fuerzas Armadas, y esta aceptación no será posible, si no se toman las medidas previas" que exponían en sus **programas**. "La verdad de lo que se piense hacer, está en lo que se haga en las Fuerzas Armadas". El cambio no lo consideraban viable si se fiaba a la custodia de unos militares, altos mandos, que en su mayoría lo rechazaban.

El mesianismo que se pretendió inculcar en los años cincuenta estaba dando sus frutos. Después se mezcló con interpretaciones de la historia demasiado mecanicistas y se creyó que los acontecimientos sociales se podían extrapolar de unas sociedades a otras. Al ruido que se produjo se sumaron programas, grupos y personajes que poco tenían que ver con la realidad. Los acontecimientos posteriores demostraron que el tránsito en la modernidad tenía su propio ritmo y que en poco coincidía con el expuesto.

Los **militares del silencio**, los que participaron en los servicios de información organizados por Carrero son los que plantean, por razones obvias, más problemas para rastrear su pensamiento. Puede que los escasos datos que se disponen habría que tratarlos en sentido contrario a como aparecen pues quizás sean pistas falsas para desconcertar o vender una idea, la suya, que responde a una estrategia que se escapa. O quizás habría que darles la interpretación contraria a la que se deduce después de reinterpretar lo que dicen para, al poco, olvidarnos de toda la historia y seguir por el camino opuesto. Hay papeles que se están elaborando por personas que protagonizaron esos momentos y que es de desear vean la luz en un tiempo prudencial con la que aclarar tantos interrogantes. Más de uno se llevará una buena sorpresa y no pocos tendrán que reordenar sus esquemas e interpretaciones.

Sea como fuere se destacó su convencimiento total, durante el tiempo que se dedican a la acción, de la legalidad vigente y su total entrega a lo que consideran como máximo ejemplo de patriotismo. Principios estos que no pueden entrar en conflicto con nada ni con nadie. Lo excepcional de su profesión, la total entrega al trabajo que no será conocido, les hizo sensibles a la cicatería y suspicacia de sus superiores por la autonomía que gozaban. Se percibe en ellos la perplejidad que les supone verse considerados como enemigos potenciales cuando se encuentran a la cabeza de la defensa de los valores fundamentales de la sociedad. Compañeros, políticos, publicistas y grupos significados recelan de su quehacer y no pueden hacer nada para explicarse, desmentir o justificar sus acciones. La satisfacción en el trabajo, saberse entregados a una causa que está al alcance de muy pocos y elegidos son motivos suficientes para compensarles. Poder trabajar contra "la falta de ejemplaridad de la sociedad", "paliar las situaciones conflictivas del sector laboral", o "combatir las corrientes adversas en el sector religioso o intelectual" era la manera

de compensar ingratitudes y desconfianzas mostradas con ellos.

El conocimiento del entramado de la administración les hizo ser críticos con los que se encontraban instalados en el poder. Hacen más daño a la sociedad que los que se encuentran en la oposición clandestina. Los "verdaderos males" de la sociedad son la corrupción, acumulación de cargos, cooptación de personalidades por parte de intereses particulares, falta de promoción y ayuda institucional de asociaciones de base, la cobardía ante los ataques terroristas. Cómo se desaprovechaban las ocasiones para consolidar una obra política justo en el momento que se presentía el final de su creador mientras se consolidaban los enemigos del régimen.

Se debatían en una constante contradicción. Por un lado conocían la "verdad de lo que ocurría", podían anticipar con exactitud los acontecimientos que se iban a producir, conocían los remedios para evitarlos, pero no podían actuar. A pesar de su entrega total y su probada lealtad, tenían que someterse a los planes coyunturales de una autoridad política en la que, en el fondo, no confiaban.

El tratamiento de los problemas lo hicieron en términos bélicos. Son militares, pero algo más que estrictos profesionales de la milicia. La "guerra" en las sociedades avanzadas ya no se pueden ganar con planteamientos técnicos, todo se traduce a términos políticos que poco o nada tienen que ver con reglas establecidas. Algunos ejemplos. El problema de la juventud se entendía como una falta de formación que la hacía vulnerable a cualquier tipo de demagogia y manipulación. No había unos líderes con espíritu de entrega y nobleza de ideales capaces de arrastrar y guiar a las masas. El mal ejemplo de gran parte de la clase política que se empezaba a desenganchar del régimen del que habían obtenido todo. El terrorismo como punta de lanza de unas actitudes separatistas de la iglesia e importantes sectores de la sociedad vasca. El rechazo de los intelectuales, nacidos en el régimen, por legitimar la situación y su abandono en el momento que se hacían más necesarios.

Todo quedó reducido a un único problema: faltaba autoridad por parte del Estado. La ausencia de participación ciudadana en la vida política oficial era señal que la situación no tenía arreglo. El sistema había quedado vacío de contenido. En sus cálculos la oposición, con grandes recursos y apoyos en el exterior, no tenía en aquellos momentos gran incidencia en la población, pero todo era cuestión de

tiempo. En cambio sus propuestas eran muy bien recibidas en los grupos intelectuales y profesionales de relieve. El bienestar económico estaba desligando de las instituciones a sectores cada vez más importantes de la sociedad. En la administración, la enseñanza, la iglesia tenían cada vez más implantación grupos e ideologías contrarias al sistema. La solidaridad del pueblo alrededor del jefe carismático se desvanecería cuando éste faltara. Era la conclusión aceptada por este grupo de militares.

Los problemas eran muchos y complejos. Su tratamiento era difícil pues no se podía acudir a medios y organizaciones que no se tenían. Había que hacer algo, pero todavía no se supo cómo.

El tránsito hacia un nuevo régimen político no pilló a nadie de sorpresa. Para los franquistas incondicionales se presentía como amenaza que iba a barrer todos sus símbolos, pompas y prebendas. Los reformistas lo consideraron como imprescindible. La oposición de izquierdas, con actitud arrogante del que se sabe vencedor indiscutible, lo daba por supuesto. Años atrás, con la desaparición de Carrero se había puesto en marcha toda suerte de piruetas para ocupar las mejores posiciones en el momento oportuno. Después, la dramática y larga agonía de Franco dio tiempo a realizar febriles jornadas de trabajo en las que se dieron los últimos retoques a los planes establecidos. Cuando Franco murió no hubo que improvisar nada. Cada cual conocía la posición del contrincante. Los más fuertes tenían controlado todo el tablero con las jugadas alternativas pensadas y ensayadas. Quizás sea este uno de los requisitos imprescindibles para llevar a cabo una transición no sangrienta, en el campo de la política, y que convierte nuestra experiencia en única e inexportable.

Durante aquellos tiempos de acomodo cada cual buscó la sombra de los protectores. En lo militar se rastrearon las biografías para descubrir brillantes carreras que garantizasen el futuro. Las cualidades más apreciadas y de mayor porvenir, como se comprobó al poco tiempo, fueron las de **fidelidad, paciencia y disciplina**. Tres cualidades que según se dijo eran las que buscaba Torcuato Fernández Miranda en los pretendientes a meritorios. Tres rasgos que bien pueden definir lo que fueron los inicios de la transición política.

Entre los apasionados y con prisas los despistes fueron mayúsculos y los que no lo entendieron así acabaron tempranamente sus biografías políticas. Para unos, los integristas, fue un alivio comprobar que aparecían nuevas figuras en clara sintonía con los nuevos tiempos

y que se habían formado a la sombra de personalidades señeras del Movimiento. Para ellos el poder de control, pensaban, seguía en las mismas manos. Una vez más consideraron válido aquello de que era necesario que todo cambiara para que todo siguiera igual. Desde la oposición, la todavía ilegal, y la del interior se llegó a la misma y errónea conclusión.

Para los reformistas que nadie llamó seguían pensando que todo era cuestión de tiempo. Su reforma era la única que tenía posibilidades. Se anunciaba partir de cero, desde sus postulados y sus conclusiones, para llegar no se sabe todavía dónde y, desde luego, sin tener noticia de cómo. Desde la oposición se arreciaron las campañas mesiánicas contando con el deseo de cambio de la sociedad. El fin de una etapa histórica se veía próximo más cuando desde la propia corporación militar se apostaba, unos oficiales, por la ruptura. Nadie concedió crédito a las tres virtudes de don Torcuato. Como se ha podido comprobar en aquellos tiempos se interpretó toda una sinfonía de despropósitos por no saber ni querer reconocer donde se encontraba el poder real de la sociedad española.

El interés por esos años aumenta al considerar que desde la legalidad del franquismo se disolvieron sus ataduras. La transición a la democracia se inició desde el poder legislativo de una democracia inorgánica. La gran habilidad consistió en aplicar los mecanismos de disolución previstos por la propia legislación. El poder disuasor de las fuerzas armadas tenía como fin proteger la posibilidad de cambio, aceptándolo de manera disciplinada por una traslación de lealtades de acuerdo al testamento político de Franco en primer lugar, y por una lealtad a quien, como compañero, ocupaba el primer puesto en los escalafones. Aceptación cumpliendo un estricto sentido de disciplina sin que en ningún momento se exigiera renunciar a ninguna creencia ni se pidiera romper con la tradición. Puede que fuera esa la gran habilidad de Franco. Al tiempo se aseguró sus propios proyectos, evitando que en las filas militares surgiera ningún líder.

Quede aquí lo dicho. Por supuesto que el método de análisis deja mucho que desear y por ello las conclusiones a las que se llegan sean muy discutibles. Pero por eso mismo sale a luz en estas páginas para que quien haya tenido a bien llegar hasta aquí las someta a crítica con la que seguir avanzando en el conocimiento de unos años que son de mayor interés para conocer los rumbos de nuestra España, y más para no olvidar unos años que

si en términos subjetivos que miden las encuestas parecen que son propios de tiempos que ya parecen remotos, lo son de gran interés para todos y, de manera especial, para los investigadores de la vividura que nos ha tocado.

La investigación no termina aquí. El trabajo sigue con el análisis de las nuevas mentalidades que surgieron en los tiempos que se redactaba la nueva Constitución. Después, con las que surgieron, y anunciaron con tiempo suficiente que nadie quiso escuchar, a raíz de los acontecimientos del 23 de febrero y el Juicio de Campamento donde tuvo lugar el último pronunciamiento militar, de unos pocos militares para ser más preciso. Al poco de la sentencia comenzó una época de pacificación de los ánimos que dió lugar a otros tipos de mentalidades militares. Con la llegada de los socialistas al poder comenzó la última etapa, por ahora, que he denominado como **tiempo de sonoros silencios.**

En profundizar y matizar todo lo anterior. En saber las razones que explican los cambios de mentalidad de un mismo profesional del ejército —algunos cambios son en verdad de gran interés y perpleja curiosidad—. Cómo se explica la **carrera militar** de acuerdo a los avatares políticos y profesionales. Los cambios organizativos e institucionales y cómo se relacionan con los cambios de mentalidad individual y de grupo, son otras tantas interrogantes que desarrollo en estos momentos. Espero poder dar cuenta de algunas de esas conclusiones de aquí a poco. Que así sea. ■

(*) **'Encuesta' a los militares en la transición: Las mentalidades militares.** Investigación realizada con ayuda del Centro de Investigaciones Sociológicas. En esa peculiar encuesta, que no fue tal, analicé los distintos tipos ideales de mentalidades militares que surgieron desde la muerte de Carrero hasta la llegada al poder de los socialistas. Utilicé para ello un cuestionario aplicado a las declaraciones, artículos de opinión y entrevistas a militares en ese periodo.